

social. Débese también descontar mucho de los siglos posteriores, porque había trascurrido todavía muy poco tiempo desde que la Iglesia ejercía su influencia directa y pública, cuando sobrevino la irrupción de los bárbaros del norte, que combinada con la disolución de que se hallaba atacado el imperio, y que cundía de un modo espantoso, acarreó un trastorno tal, una mezcolanza tan informe de lenguas, de usos, de costumbres, de leyes, que no era casi posible ejercer con mucho fruto una acción reguladora. Si en tiempos más cercanos ha costado tanto trabajo el destruir el feudalismo, si después de siglos de combates quedan todavía en pie muchas de sus reliquias, si el tráfico de los negros á pesar de ser limitado á determinados países, á peculiares circunstancias, está todavía resistiendo al grito universal de reprobación que contra semejante infamia se levanta de los cuatro ángulos del mundo: ¿cómo hay quien se atreva á manifestar extrañeza, á inculpar al cristianismo, porque la esclavitud duró algunos siglos, después de proclamadas la fraternidad entre todos los hombres, y su igualdad ante Dios?

CAPITULO XVI.

AFORTUNADAMENTE la Iglesia católica fué más sabia que los filósofos, y supo dispensar á la humanidad el beneficio de la emancipación, sin injusticias ni trastornos: ella regenera las sociedades, pero no lo hace en baños de sangre. Veamos pues cuál fué su conducta en la abolición de la esclavitud.

Mucho se ha encarecido ya el espíritu de amor y fraternidad que anima al cristianismo; y esto basta para convencer de que debió de ser grande la influencia que tuvo en la grande obra de que estamos hablando. Pero quizás no se ha explorado bastante todavía cuáles son los medios positivos, prácticos, digámoslo así, de que echó mano para conseguir su objeto. Al través de la oscuridad de los siglos, en tanta complicación y variedad de circunstancias, ¿será posible rastrear algunos hechos que sean como las huellas que indiquen el camino seguido por la Iglesia

católica para libertar á una inmensa porción del linaje humano de la esclavitud en que gemía? ¿Será posible decir algo más que algunos encomios generales de la caridad cristiana? ¿Será posible señalar un plan, un sistema, y probar su existencia y desarrollo, apoyándose, no precisamente en espreciones sueltas, en pensamientos altos, en sentimientos generosos, en acciones aisladas de algunos hombres ilustres, sino en hechos positivos, en documentos históricos, que manifiesten cuál era el espíritu y la tendencia del mismo cuerpo de la Iglesia? Creo que sí: y no dudo que me sacará airoso en la empresa lo que puede haber de más convincente y decisivo en la materia, á saber: los monumentos de la legislación eclesiástica.

Y ante todo no será fuera del caso recordar lo que se lleva ya indicado anteriormente, que cuando se trata de conducta, de designios, de tendencias, con respecto á la Iglesia, no es necesario suponer que esos designios cupieran en toda su extensión en la mente de ningún individuo en particular, ni que todo el mérito y efecto de semejante conducta fuesen bien comprendidos por ninguno de los que en ella intervenían: y aun puede decirse que no es necesario suponer que los primeros cristianos conociesen toda la fuerza de las tendencias del cristianismo con respecto á la abolición de la esclavitud. Lo que conviene manifestar es que se obtuvo el resultado por las doctrinas y la conducta de la Iglesia; pues que entre los católicos, si bien se estiman los méritos y el grandor de los individuos en lo que valen, no obstante cuando se habla de la Iglesia, desaparecen los individuos; sus pensamientos y su voluntad son nada, porque el espíritu que anima, que vivifica y dirige á la Iglesia, no es el espíritu del hombre, sino el Espíritu del mismo Dios. Los que no pertenezcan á nuestra creencia echarán mano de otros nombres; pero estaremos conformes cuando menós, en que mirados los hechos de esta manera, elevados sobre el pensamiento y voluntad del individuo, conservan mucho mejor sus verdaderas dimensiones, y no se quebranta en el estudio de la historia la inmensa cadena de los sucesos. Dígase que la conducta de la Iglesia fué inspirada y dirigida por Dios, ó bien que fué hija de un *instinto*, que fué el *desarrollo de una tendencia entrañada por sus doctrinas*; empléense estas ó aquellas espresiones, hablando como católico ó como filósofo, en esto no es menester detenerse ahora; pues lo que

conviene manifestar es que ese instinto fué generoso y atinado, que esa tendencia se dirigia á un grande objeto, y que lo alcanzó.

Lo primero que hizo el cristianismo con respecto á los esclavos, fué disipar los errores que se oponian no solo á su emancipacion universal, sino hasta á la mejora de su estado: es decir que la primera fuerza que desplegó en el ataque fue segun tiene de costumbre, *la fuerza de las ideas*. Era este primer paso tanto mas necesario para curar el mal, cuanto acontecia en él lo que suele suceder en todos los males, que andan siempre acompañados de algun error, que ó los produce ó los fomenta. Habia no solo la opresion, la degradacion de una gran parte de la humanidad; sino que estaba muy acreditada una opinion errónea, que procuraba humillar mas y mas á esa parte de la humanidad. La raza de los esclavos era segun dicha opinion, una raza vil, que no se levantaba ni de mucho al nivel de la de los hombres libres; era una raza degradada por el mismo Júpiter, marcada con un sello humillante por la naturaleza misma, destinada ya de ante mano á ese estado de abyeccion y vileza. Doctrina ruin sin duda, desmentida por la naturaleza humana, por la historia, por la esperiencia, pero que no dejaba por esto de contar distinguidos defensores, y que con ultrage de la humanidad y escándalo de la razon, la vemos proclamar por largos siglos, hasta que el cristianismo vino á disiparla, tomando á su cargo la vindicacion de los derechos del hombre.

Homero nos dice (*Odiss.* 17) que "Júpiter quitó la mitad de la mente á los esclavos." En Platon encontramos el rastro de la misma doctrina, pues que si bien en boca de otros como acostumbra, no deja sin embargo de aventurar lo siguiente: "se dice que en el ánimo de los esclavos nada hay de sano ni entero, y que un hombre prudente no debe fiarse de esa casta de hombres, cosa que atestigua tambien el mas sabio de nuestros poetas:" citando en seguida el pasage de Homero, arriba indicado. (*Plat. l. de las leyes*). Pero donde se encuentra esa degradante doctrina en toda su negrura y desnudez, es en la *Política* de Aristóteles. No ha faltado quien ha querido defenderle, pero en vano; porque sus propias palabras le condenan sin remedio. Explicando en el primer capítulo de su obra la constitucion de la familia, y proponiéndose fijar las relaciones entre el marido

y la mujer, y entre el señor y el esclavo, asienta que así como la hembra es naturalmente diferente del varon, así el esclavo es diferente del dueño; hé aqui sus palabras: "*y así la hembra y el esclavo son distinguidos por la misma naturaleza*." Esta expresion no se le escapó al filósofo, sino que la dijo con pleno conocimiento, y no es otra cosa que el compendio de su teoría. En el cap. 3 continúa analizando los elementos que componen la familia, y despues de asentar que "una familia perfecta consta de libres y de esclavos" se fija en particular sobre los últimos, y empieza combatiendo una opinion que parecia favorecerles demasiado. "Hay algunos, dice, que piensan que la esclavitud es cosa fuera del orden de la naturaleza; pues que solo viene de la ley el ser éste esclavo y aquel libre, ya que por la naturaleza en nada se distiguen." Antes de rebatir esa opinion, explica las relaciones del dueño y del esclavo, valiéndose de la semejanza del artifice y del instrumento, y tambien del alma y del cuerpo, y continúa: "Si se comparan el macho y la hembra, aquel es superior y por esto manda, ésta inferior y por esto obedece, y lo propio ha de suceder en todos los hombres: *y así aquellos que son tan inferiores cuanto lo es el cuerpo respecto del alma, y el bruto respecto del hombre, y cuyas facultades consisten principalmente en el uso del cuerpo, siendo este uso el mayor provecho que de ellos se saca, estos son esclavos por naturaleza*." A primera vista podria parecer que el filósofo habla solamente de los fatuos, pues así parecen indicarlo sus palabras; pero veremos en seguida por el contexto que no es tal su intencion. Salta á la vista que si hablara de los fatuos, nada probaria contra la opinion que se propone impugnar, siendo el número de estos tan escaso, que es nada en comparacion de la generalidad de los hombres: además que si á los fatuos quisiera ceñirse, ¿de qué sirviera su teoría, fundada únicamente en una escepcion monstruosa y muy rara?

Pero no necesitamos andarnos en conjeturas sobre la verdadera mente del filósofo; él mismo cuida de explicárnosla, revelándonos al propio tiempo, el por qué se habia valido de expresiones tan fuertes, que parecian sacar la cuestion de su quicio. Nada menos se propone que atribuir á la naturaleza el espreso designio de producir hombres de dos clases, unos nacidos para la libertad, otros para la esclavitud. El pasage es demasiado

importante y curioso para que podamos dejar de copiarle. Dice así: "*Bien quiere la naturaleza procrear diferentes los cuerpos de los libres y los de los esclavos: de manera que los de estos sean robustos, y á propósito para los usos necesarios, y los de aquellos bien formados, inútiles si para trabajos serviles, pero acomodados para la vida civil, que consiste en el manejo de los negocios de la guerra y de la paz; pero muchas veces sucede lo contrario, y á unos les cabe cuerpo de esclavo y á otros alma de libre. No hay duda que si en el cuerpo se aventajasen tanto algunos como las imágenes de los dioses, todo el mundo seria de parecer que debieran servirles aquellos que no hubiesen alcanzado tanta gallardía. Si esto es verdad hablando del cuerpo, mucho mas lo es hablando del alma; bien que no es tan fácil ver la hermosura de esta como la de aquel: y así no puede dudarse que hay algunos hombres nacidos para la libertad, así como hay otros nacidos para la esclavitud: esclavitud que á mas de ser útil á los mismos esclavos, es tambien justa.*"

¡Miserable filosofía! que para sostener un estado degradante necesitaba apelar á tamañas cavilaciones, achacando á la naturaleza la intencion de procrear diferentes castas, nacidas las unas para dominar, las otras para servir: ¡filosofía cruel! la que así procuraba quebrantar los lazos de fraternidad con que el Autor de la naturaleza ha querido vincular al humano linaje, que así se empeñaba en levantar una barrera entre hombre y hombre, que así ideaba teorías para sostener la desigualdad; y no aquella desigualdad que resulta necesariamente de toda organizacion social, sino una desigualdad tan terrible y degradante cual es la de la esclavitud.

Levanta el cristianismo la voz, y en las primeras palabras que pronuncian sobre los esclavos los declara iguales en dignidad de naturaleza á los demas hombres: iguales tambien en la participacion de las gracias que el Espíritu Divino va á derramar sobre la tierra. Es notable el cuidado con que insiste sobre este punto el apóstol san Pablo: no parece sino que tenia á la vista las degradantes diferencias que por un funesto olvido de la dignidad del hombre se querian señalar: nunca se olvida de inculcar la nulidad de la diferencia del esclavo y del libre. "Todos hemos sido bautizados en un espíritu, para formar un mismo cuerpo, judíos ó gentiles, *esclavos ó libres.*" (I. ad Cor. c.

12. v. 13). "Todos sois hijos de Dios por la fé que es en Cristo Jesus. Cualesquiera que habeis sido bautizados en Cristo, os habeis revestido de Cristo: no hay judío ni griego, no hay *esclavo ni libre*, no hay macho ni hembra: pues todos sois uno en Jesucristo. (Ad Cal. C. 3 v. 26, 27, 28). "Donde no hay gentil ni judío, circunciso é incircunciso, bárbaro y escita, *esclavo y libre*, sino todo y en todos Cristo." (Ad. Coloss. c. 3 v. 11).

Parece que el corazon se ensancha al oír proclamar en alta voz, esos grandes principios de fraternidad y de santa igualdad; cuando acabamos de oír á los oráculos del paganismo, ideando doctrinas para abatir mas y mas á los desgraciados esclavos, parece que despertamos de un sueño angustioso, y nos encontramos con la luz del dia, en medio de una realidad halagüeña. La imaginacion se complace en mirar á tantos millones de hombres que encorvados bajo el peso de la degradacion y de la ignominia, levantan sus ojos al cielo, y exhalan un suspiro de esperanza.

Aconteció con esta enseñanza del cristianismo lo que acontece con todas las doctrinas generosas y fecundas: penetran hasta el corazon de la sociedad, quedan allí depositadas como un germen precioso, y desenvueltas con el tiempo, producen un árbol inmenso que cobija bajo su sombra las familias y las naciones. Como esparcidas entre hombres, no pudieron tampoco librarse de que se las interpretase mal, y se las exagerase; y no faltaron algunos que pretendieron que la libertad cristiana era la proclamacion de la libertad universal. Al resonar á los oídos de los esclavos las dulces palabras del cristianismo, al oír que se los declaraba hijos de Dios y hermanos de Jesucristo, al ver que no se hacia distincion alguna entre ellos y sus amos, ni aun los mas poderosos señores de la tierra, no ha de parecer tampoco muy extraño que hombres acostumbrados solamente á las cadenas, al trabajo, y á todo linaje de pena y envilecimiento, exagerasen los principios de la doctrina cristiana, é hiciesen de ella aplicaciones, que ni eran en sí justas, ni tampoco capaces de ser reducidas á la práctica.

Sabemos por S. Gerónimo que muchos oyendo que se los llamaba á la libertad cristiana, pensaron que con esta se les daba la libertad; y quizás el Apóstol aludia á este error, cuando en su primera carta á Timoteo (c. 6. v. 1) decia: "Todos los que están

bajo el yugo de la esclavitud, que honren con todo respeto á sus dueños para que el nombre y la doctrina del Señor no sean blasfemados." Este error habia tenido tal eco, que después de tres siglos andaba todavía muy válido, viéndose obligado el Concilio de Gangres celebrado por los años de 324, á escomulgar á aquellos que bajo pretexto de piedad enseñaban que los esclavos debían dejar á sus amos, y retirarse de su servicio. No era esto o que enseñaba el cristianismo; y además queda ya bastante evidenciado que no hubiera sido este el verdadero camino para llegar á la emancipacion universal.

Así es que el mismo apóstol, á quien hemos oído hablar á favor de los esclavos un lenguaje tan generoso, les inculca repetidas veces la obediencia á sus dueños: pero es notable que mientras cumple con este deber impuesto por el espíritu de paz y de justicia que anima al cristianismo, esplica de tal manera los motivos en que se ha de fundar la obediencia de los esclavos, recuerda con tan sentidas y vigorosas palabras las obligaciones que pesan sobre los dueños, y asienta tan espresa y terminantemente la igualdad de todos los hombres ante Dios, que bien se conoce cual era su compasion para con esa parte desgraciada de la humanidad, y cuán diferentes eran sobre este particular sus ideas de las de un mundo endurecido y ciego.

Albégase en el corazon del hombre un sentimiento de noble independencia, que no le consiente sujetarse á la voluntad de otro hombre, á no ser que se le manifiesten títulos legítimos en que fundarse puedan las pretensiones del mando. Si estos títulos andan acompañados de razon y de justicia, y sobre todo si están radicados en altos objetos que el hombre acata y ama, la razon se convence, el corazon se hablada y el hombre cede. Pero si la razon del mando es solo la voluntad de otro hombre, si se hallan encarados, por decirlo así, hombre con hombre, entonces bullen en la mente los pensamientos de igualdad, arde en el corazon el sentimiento de la independencia, la frente se pone altanera y las pasiones bramán. Por esta causa, en tratándose de alcanzar obediencia voluntaria y duradera, es menester que en el que manda se oculte, desaparezca el hombre, y solo se vea el representante de un poder superior, ó la personificacion de los motivos que manifiestan al súbdito la justicia y la utilidad de la sumision: de esta manera no se obedece á la voluntad ajena, por lo que es

en sí, sino porque representa un poder superior, ó porque es el intérprete de la razon y de la justicia: y así no mira el hombre ultrajada su dignidad, y se le hace la obediencia suave y llevadera.

No es menester decir si eran tales los títulos en que se fundaba la obediencia de los esclavos, antes del cristianismo: las costumbres los equiparaban á los brutos, y las leyes venían si cabe, á recargar la mano, usando de un lenguaje que no puede leerse sin indignacion. El dueño mandaba porque tal era su voluntad y el esclavo se veía precisado á obedecer, no en fuerza de motivos superiores, ni de obligaciones morales, si no porque era una propiedad del que mandaba, era un caballo regido por el freno, era una máquina que habia de corresponder al impulso del manubrio. ¿Qué extraño, pues, si aquellos infelices, abrevados de infortunio y de ignominia, abrigaban en su pecho aquel hondo y concentrado rencor, aquella virulenta saña, aquella terrible sed de venganza, que á la primera oportunidad reventaba con explosion espantosa? El horroroso degüello de Tiro, ejemplo y terror del universo, segun la espresion de Justino, las repetidas sublevaciones de los penestas en Tesalia, de los ilotas en Lacedemonia, las defecciones de los de Chio y Atenas, la insurreccion acaudillada por Herdonio, y el terror causado por ella á todas las familias de Roma, las sangrientas escenas, la ténaz y desesperada resistencia de las huestes de Espartaco, ¿qué eran sino el resultado natural del sistema de violencia, de ultraje y desprecio con que se trataba á los esclavos? ¿No es esto lo mismo que hemos visto reproducido en tiempos recientes, en las catástrofes de los negros de las colonias? Tal es la naturaleza del hombre: quien siembra desprecio y ultraje, recoge furor y venganza.

Estas verdades no se ocultaron al cristianismo, y así es que si predicó la obediencia, procuró fundarla en títulos divinos; si conservó á los dueños sus derechos, también les enseñó altamente sus obligaciones: y allí donde prevalecieron las doctrinas cristianas, pudieron los esclavos decir: "somos infelices, es verdad: á la desdicha nos han condenado, ó el nacimiento, ó la pobreza, ó los reveses de la guerra, pero al fin se nos reconoce por hombres, por hermanos; y entre nosotros y nuestros dueños hay una reciprocidad de obligaciones y de derechos." Oigamos ó sino lo que dice el Apóstol: "Esclavos, obedeced á los señores carnales